

FRANKFURT AM MAIN

Resulta sorprendente, pero en Italia, incluso el café de máquina es soberbio, y el de la estación de trenes de *Milano Centrale* —afortunadamente a cuatro pasos de la *Osteria Borsieri*— era un magnífico ejemplo.

Esa mañana, cuando desperté masticando arena y con la cabeza ensartada de aguijonazos de dolor —al ligero escozor que me causó la micción no le presté demasiado asunto—, pensé que el día se me haría terriblemente largo, sin embargo, con el primer café de la *Osteria*, gran parte de mis pesares desaparecieron como si me hubiese *chutado* un ibuprofeno en vena. —Les adelanto que, en cualquier caso, el día se me haría terriblemente largo.

Como debería de haber supuesto a esas alturas, cuando le expresé a Buba mi intención de utilizar el tren para cubrir el trayecto hasta Frankfurt —tal y como me aconsejó María, que Dios la tenga en su gloria—, este sacó tranquilamente un folleto con anotaciones garabateadas.

—¿De dónde has sacado eso? —le interrogué, arrebatándole el díptico con los horarios de tren.

—Mostrador... anoche —señaló como si cualquier cosa. El cubo de cereales con miel, leche y chocolate, en el que tenía sumergida la cabeza, parecía estar delicioso.

Me asaltó un repentino picor en la coronilla. No sé cómo se las ingeniaba, pero el *negro* me sacaba siempre dos cuerpos de ventaja. Era obvio que a ese chico el futuro le deparaba algo muy grande, rogué porque no se apartara nunca del bando de los buenos.

Dejé de rascarme la coronilla —me estaba haciendo herida—, y le eché una ojeada a los horarios de *Rail Europe*. A las once y veinticinco, partía un tren desde la estación *Milano Centrale*, en la *Piazza Duca d'Aosta*, con destino a Frankfurt Main HB. Tenía su

llegada a las diecinueve cero ocho, o sea, unas siete horas cuarenta minutos de recorrido. El trayecto requería de dos trasbordos, uno en Basel SBB y el otro en Basel BAD BFT. Ese no sería un gran problema, me dije, íbamos ligeritos de equipaje.

Como acabo de citar, en *Milano Centrale* nos detuvimos a tomar un segundo café. Buba se inclinó por una *focaccia* de aceitunas y alcaparras —que no sé si el estómago permite esa clase de combinaciones, aunque el suyo, pareció no protestar—. Luego nos metimos en una tienda de *El Coronel Tapiocca* situada en la misma estación, para hacernos con ropa de recambio, y un macuto verde con manchas marrones por el que Buba perdió la cabeza. —Y es que tenía casi tantos bolsillos como sus pantalones—. Me negué a comprarle la brújula, una navaja suiza multiusos, y una linterna de espeleólogo, pese a que venían juntos con el *kit* y un veinte por ciento de descuento. Aun así, se me escapó un cuentakilómetros para *mountain bike*, con el que le vi jugar mientras esperábamos la salida de nuestro tren, y que no recordaba haber pagado.

¿Saben?, guardo gratos recuerdos de aquel viaje. Me impresionó particularmente la soberbia panorámica de los Alpes a la altura de Lugano. Allí comienza el interminable túnel de *San Gottardo*. Atraviesa las entrañas de la cordillera alpina hasta alcanzar el territorio suizo. Cuando cruzas las frondosas colinas que rodean la ciudad de Zúrich, ni la orografía, ni la arquitectura pertenecen ya a la cultura mediterránea. Es otra civilización. La visión de aquellos edificios puntiagudos me evocó leyendas de gnomos y elfos. Calles y fachadas impolutas se adivinaban a través de las ventanillas del tren salpicadas de gotas de lluvia, así como gente de lo más civilizada guardando cola en los transportes públicos y recogiendo sin pudor —si no énfasis— la caca del perro. —Aunque dudé seriamente de que animales tan ordinarios pudiesen habitar esas tierras.

Una vez llegados a Basel, una telaraña infernal en la que se cruzan todos los trenes del mundo, hicimos el primer trasbordo. Recuerdo que serían aproximadamente las tres de la tarde, y lo recuerdo porque Buba me obligó a comprarle una cuarta de *schwarzwälder kirschtorte* —torta de la Selva Negra— en un bar de la estación que a

punto estaba de “cerrar la chapa”, pero claro, se conoce que a los críos, las cerezas y la nata les debe de retrotraer a cierta etapa del desarrollo psicosexual, de forma que si no se satisface el objeto de la pulsión puede ocasionarles algún trauma irreversible. —Y ya he señalado que a Buba se le había de llevar por el buen camino—. La cosa es que en cuanto consiguió lo que buscaba, se le pasó de golpe el mareo.

En pocos minutos hicimos el segundo trasbordo. Por suerte, a Buba todavía le quedaba torta para llegar hasta Frankfurt: unas tres horas y media de viaje, el último achuchón.

Lamentablemente, volví a subestimar las facultades de Buba. Al cuarto de hora de trayecto, lo que le llevó fagocitar aquel engendro de bizcocho de chocolate empapado en aguardiente de cerezas, relleno de crema y mermelada de cerezas, y recubierto de nata con virutas de chocolate y coronado de cerezas, el *negro* ya estaba otra vez con el “rollo” de la anemia, y de que cuánto faltaba para llegar. Por cierto, que la *focaccia* en su estómago parecía haber aceptado la afrenta de la *kirschtorte* sin represalias.

Atravesamos Friburgo, la cuarta ciudad más grande de Alemania —o eso le dijo un espécimen de la serie “Papá Noel” a nuestro inefable Buba, en un perfecto francés—, conocida por sus famosos *Bächle* —pequeños canales de agua que atraviesan la ciudad—. Luego bordeamos la Selva Negra, el imponente macizo montañoso que se extendía a nuestra derecha, de una densidad forestal primigenia, hasta alcanzar la ciudad de Karlsruhe, sede del puerto del Rin más importante de Alemania. De ahí nos dirigimos a Mannheim, al norte del Alto Rin; una ciudad con un centro histórico en singular forma de herradura. Y, por último, Frankfurt, a seiscientos sesenta y siete kilómetros de Milán y casi ocho horas de narcótico traqueteo, pero más trascendente que cualquier medida cuantitativa, a una distancia psicológica de Barcelona que no era capaz de medir.

Como me ocurrió en Milán, la llegada a Frankfurt encabritó mis pulsaciones ante el inminente reencuentro con Berd. —Si me lo permiten, seguiré usando ese nombre, y no el de *Bird*, por una cuestión meramente práctica—. Pisar el mismo suelo, respirar el

mismo aire, me provocó una excitación chispeante, y al mismo tiempo, una profunda nostalgia por no poder compartirlo con él. Tampoco voy a negar ese brote de desasosiego ante la duda de cuál sería su reacción al verme, aunque intuí que se alegraría tanto como yo. —Y admito que fuera solo un deseo y no una deducción basada en los hechos, pero ese deseo estimulaba en mi mente nuevas formas de causalidad.

Sin apenas tiempo de apearnos del tren, Buba ya estaba pidiendo insistentemente comer de nuevo. ¿Qué demonios tenía aquel zampabollos en el estómago?, ¿la solitaria?, ¿un dragón?

Le obligué a que tuviera paciencia, y accedió a regañadientes solo porque yo accedí a regañadientes a comprarle cinco tabletas *Kit-Kat* en una máquina expendedora de la estación —protegida por una jaula metálica enaltecida con una cruz gamada, para más indicaciones.

Desde *Hauptbahnhof*, estación donde nos dejó la *Rail Europe*, nos dirigimos a la red de metro, que en Alemania recibe el nombre de *U-Bahn*. Como todo estaba en alemán —y no digo que no tuviera cierto sentido—, tardamos casi media hora en acertar con la estación de destino: *Alte Oper*.

Alte Oper es la parada de metro anexa a la antigua ópera en la que presuntamente se celebraría el concierto de *jazz* al que Berd debía de asistir. Faltaban aún más de dos semanas, pero quise reconocer el terreno con antelación. —La curiosidad mataría al gato.

Al apearnos del metro, un desagradable cosquilleo en mi aparato urinario —con un runrún que no me había abandonado desde que saliéramos de Milán—, me obligó a buscar un lavabo urgentemente. Después de dar unas cuantas vueltas por el laberinto del suburbano persiguiendo el logo de los servicios, logramos dar con uno antes de que me lo hiciera encima.

Una panda de alemanes, de edad similar a la mía, se apelonaba frente a la puerta, taponándola, y dándose “amistosamente” de mamporros, que no quise ni imaginar cómo

sería cuando estaban de mala hostia. A mí, la visión de aquellos cafres divirtiéndose conforme a sus tradiciones, me produjo la misma emoción que pasear por el bosque y enfrentarme de repente con una manada de *rotwailers* sin su amo.

Buba, tiró de mi brazo con gesto evidente de alarma. Se había disparado su sistema autoinmune.

Los neonazi olfatearon nuestra presencia antes de que yo tuviera tiempo de atender la petición de Buba.

Afortunadamente, todo ocurrió de forma rápida, que no indolora.

—*Schaut, ein Scheiss-Neger!* —exclamó alborozado uno de los *skinhead*, y que en esencia venía a manifestar, para solaz del resto de aquella piara, la asombrosa dicha de haber dado con un “negro de mierda”.

A mí me cayeron las hostias desde diferentes perspectivas y en muy variadas partes del cuerpo, aunque el peor parado fue el *negro*, vamos a ser legales. Lo patearon de lo lindo. Le robaron su mochila nueva, el cuentakilómetros para una *mountain bike* que jamás tuvo y que quizá siempre deseó, y el dinero.

Aunque cueste de creer, agradecí cierta profesionalidad por el hecho de que no se cebaran más allá de lo estrictamente necesario y, sobre todo, agradecí que se conformaran solo con el dinero, entre el que también se contaba el mío. Incomprensiblemente, y con la frase “*Leine den Hund das nächste Mal an*”, que no traduciré por vergüenza, me dejaron cinco euros por si se me presentaba algún problema. No supe si se refería a la posibilidad de enfrentarnos a otro grupo de tarados como ellos, en cuyo caso, siempre era recomendable llevar algo de efectivo para recompensarles el esfuerzo de darnos otra paliza.

Asombrosamente, a mí se me pasó el escozor y las ganas de ir al servicio.

Dolorido y magullado me acerqué a Buba que no dejaba de quejarse —de lo que inferí, era un buen síntoma—. Más cerca de él, comprendí que lo que interpreté como

quejas, no eran sino insultos en diferentes lenguas. Al margen de eso, el *negro* sangraba por una ceja de un corte bastante profundo. Me alarmé.

—¡Buba!, ¿estás bien? Estás sangrando mucho, ¿te duele?

—*Sirvilletas* —alegó quejumbroso, señalándose en alguno de los “tres mil” bolsillos de su pantalón.

Me puse a hurgar en ellos hasta dar con las dichosas servilletas de papel, no sin antes extraer toda la colección de jilipollices de un castor: restos de *grissini*, los posavasos del *Harlem* —ahí, un estremecimiento me hizo soltar una lágrima—, ganzúas, varias balas, un artilugio que al apretar la lengüeta hacía el sonido de una rana... ¡Menudo *perla* estaba hecho el tío!

Le apliqué una de las servilletas en la ceja para cortar la hemorragia.

—¿Puedes levantarte campeón? —le animé, sujetándolo con delicadeza.

Buba se irguió renqueante. Lo examiné con detenimiento, parecía no mostrar más desperfectos que los que ya incorporaba de serie. Me sonrió y ese fue mi mayor regalo. Lo abracé.

—Esos cabrones... me hubiese gustado ahora tener la pistola —le dije sin pensarlo seriamente.

Buba dijo algo “de la tapa de los *siesos*” en referencia a la mierda alemana, mierda blanca, u otro tipo de mierda. Luego volvió a sonreír. Tenía una imagen muy pintoresca con la servilleta de papel colgándole de la ceja.

Yo también le sonreí. Me habría muerto si le hubiese ocurrido algo grave. No sé por qué misteriosa razón presentí que la pérdida de Buba habría supuesto el fracaso de mi misión. Cada día lo necesitaba más. Así que lo que inicialmente interpretara como un lastre, se había ido erigiendo en mi auténtico salvoconducto. Caprichos del destino —o Ley de la Eventualidad, en términos metafísicos.

Una vez fuera del metro y frente al edificio *Alte Oper Frankfurt Konzert*, me hice una composición de lugar: Frankfurt, ni idea de alemán, sin documentación, sin macuto, y tras nuestra gravosa y reciente interacción social, sin un céntimo y con dos maravillosas semanas por delante para morirnos de asco.

Como si me leyera el pensamiento, Buba me tomó de la mano y me miró con aquellos ojazos que irradiaban esperanza.

—Tú toca —me dijo—. Buba pasa gorra.

Como a un completo descerebrado, me dio por ponerme a reír. Buba rio conmigo. Estaba creciendo a pasos agigantados sin apenas darme cuenta. Ambos lo hacíamos.

Hay que decir, que al margen de mucho *hijoputa* suelto, Alemania cuenta con una gente extraordinaria. En poco menos de dos horas sacamos casi cien euros de mi improvisado recital, en plena *Opernplatz*, y con el fabuloso edificio de la ópera iluminado como una vedette, de telón de fondo. Aunque si he de ser fiel a los hechos, debería mencionar la oportuna intervención de Buba y su estremecedora interpretación del lisiado apaleado por unos vándalos nazis en la misma boca de metro. A decir verdad, no sé quién habría cosechado mayor atención de los dos. Por cierto, y aunque resulte inverosímil, me pareció oír a Buba ofreciendo sus muestras de agradecimiento en alemán. “Increíble —pensé—, estos negros nacen con seis idiomas”.

Felizmente y de momento, el dinero dejó de ser un problema. Lamentablemente y en adelante, el problema sería yo. Tras las dos horas de concierto callejero, comencé a experimentar calambres y unos insoportables ardores en la parte baja del abdomen. Buba, atendiendo a sus nociones en materia médica —es decir, ninguna—, me condujo a un restaurante vienés cercano a la plaza para que hiciese uso de los lavabos. Entretanto, él daría cuenta de un surtido bastante representativo de gastronomía alemana —en lo que a salchichas se refiere.

Sobreponiéndome a una dolorosa sensación de quemazón, conseguí orinar. Alarmado, advertí que una mucosa blanquecina recubría mi glande. Me flaquearon las piernas ante el *shock* hipocondríaco y, fue entonces, cuando comprobé que me había subido la fiebre. Hui del lavabo, descompuesto, para postrarme de bruces ante al festín que se estaba regalando el pequeño Buba. De forma que es comprensible que yo arrancara a vomitar descontroladamente, viéndole como se metía una salchicha gigante en la boca, bañada de una espesa sustancia muy semejante en color y textura a la imagen tan fresca en mi memoria icónica. También se explica que nos echasen de allí a patadas. —No sin antes cobrar.

Esa noche dormimos en el *U-Bahn*, corrijo, la sufrimos. Me sentí sin fuerzas ante la alternativa de deambular por aquellas húmedas y solitarias calles en busca de una pensión, eso aceptando que alguien en su sano juicio hubiese permitido dormir bajo su techo a dos desheredados con pinta de comparsa circense y, además, lo hubiese hecho por poco más de cincuenta euros. —El resto del dinero se lo había zampado el *canijo* en salchichas, bien amasadas con cola, y, sirva solo de apunte, tres veces más caras que el bidón de cerveza.

Me sorprendió la afluencia de gente. Nunca sospeché que en Frankfurt, el metro fuera “un lugar de culto” a esas horas. Se conoce que en Alemania tampoco el monte es orégano.

Buba me consiguió aspirinas que, por cierto, no tienen nada que ver con las que venden aquí, y que me aliviaron los dolores abdominales, primero, y luego el de las articulaciones.

Me ahorraré describir la experiencia en el metro, valga lo descrito en la *Gare* de Perpiñán, y valga también, la reflexión de aquella noche, si bien, en esta ocasión fue incluso más desalentador dado el lamentable estado en que me hallaba, y al que el propio Buba se encargó de encontrarle explicación, una explicación que a mí, tan listo como era, ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—¡Tú, putas!, ¡putas!, ¡putas!... ¡Sigue putas!, ¡sigue!

Como pueden imaginar, me sentí “considerablemente” azorado ante el chorreo. En primer lugar, por haber sido tan estúpido de no adivinar la causa antes que él; luego, por no haber tomado la más mínima precaución con María —aunque claro, con el copón de *grappa* que me había metido en el cuerpo, bien podría haber acabado liándome con el mismísimo Giovanni—; y por último, por dar por sentado que Buba estaba tan felizmente dormido, mientras yo hacía el “salto del tigre” en la habitación de la *Osteria Borsieri*, creyendo que la mesita de noche que separaba ambas camas, era el muro de Berlín. Y en relación con este punto, me avergoncé y lo admiré doblemente: Buba había tenido la delicadeza de no mencionar el incidente hasta ese momento; momento en el que estaba viendo peligrar mi salud y, dada nuestra actual condición de “sin papeles”, sin la oportunidad de solicitar la adecuada asistencia médica.

La noche transcurrió todo lo lenta que puede ser una pesadilla. Cansados de oír más trenes —si no recuerdo mal, la vida en aquel país se inicia a las cuatro treinta de la madrugada, con una odiosa frecuencia de tres a cinco minutos—, optamos por unirnos a la vorágine de trabajadores y salir a respirar el aire húmedo de la superficie. Fue una buena decisión después de todo. No sé si la visión del amanecer, sosteniendo una taza de café caliente tras los cristales del *Hautwache Cafe*, o la sensación de haber sobrevivido a nuestro primer día en Alemania, hizo que me sintiera un poco más animado. De tal modo que, tras cumplir con el requisito nutritivo de Buba —que no explicitaré ahora, pero que nos dejó sin blanca—, establecimos explotar el filón de la música *unplugged*. —Otra de las felices ideas del *negro*—. Así fue como nos dirigimos dando un largo paseo hasta la calle *Zeil*, de una simbología similar a la *Rambla* de Barcelona, aunque con franqueza, no sea ni remotamente comparable. Buba estaba pletórico solo de ver que yo aún podía mantenerme en pie.

Y en la *Zeil* plantamos nuestro numerito. Yo comencé a improvisar algunos temas de *blues*, mientras Buba se hacía cargo de la dramatización. Pese a mi escepticismo, fue

formándose un apretado corro de transeúntes, creciendo hasta el punto de que me habría sido imposible desplomarme en el suelo. —Cosa que quedó demostrada en reiteradas ocasiones.

El espectáculo se vio acrecentado por la anexión de un grupo de *buskers*, atraídos por el interés que nuestra interpretación suscitaba en la muchedumbre. Con ellos compartimos escenario el resto de la mañana, y parte de los beneficios. He de decir que, en términos lucrativos, obtuvimos extraordinarios resultados —en línea con lo sucedido en la *Opernplatz*—. En lo que concierne a mi estado de salud, también se observó un alarmante progreso, si bien, en la dirección menos pertinente. —Como supiera más tarde, no todas las estrellitas que vi durante nuestra larga actuación, fueron producto exclusivo de los *flashes* fotográficos.

Tras el receso que duró la comida, y a tenor de mis crecientes espasmos, establecimos ocupar la tarde bajo las calles de Frankfurt, yo, tocando en los pasillos del metro con cuarenta grados de fiebre, en tanto Buba, con una capa y una montera —claro que les entiendo, en su lugar yo tampoco daría crédito— hacía las delicias de un público sorprendentemente colado por la tauromaquia.

Pese a ese nuevo e inesperado éxito, nos vimos obligados a cancelar el recital: a medida que iba avanzando la tarde, mi estado de salud evolucionaba de forma asombrosa y decidida hacia el colapso. Pronto las aspirinas dejaron de surtir efecto, o mejor y más preciso, el efecto terapéutico dio paso a los efectos secundarios: la úlcera gástrica.

Aquella noche también dormimos en el metro, a saber, yo delirando y tiritando entre escalofríos, y Buba abrazado a mi cintura, invocando salmos y conjuros en su idioma, tratando de espantar al maligno.

La fiebre remitió. Según me afirmó Buba, dejé de gritar a la *Parca* para caer rendido en un plácido sueño de poco más de tres horas. Un lapso tras el que desperté con la cara ardiendo y unas horribles llagas en brazos y piernas.

El dolor de las articulaciones se había intensificado, obligándome a permanecer echado en el banco. Buba iba y venía cargado de bolsas, cada vez más angustiado. A mi lado, se acumulaba ya un depósito de víveres digno de abastecer a una horda de mendigos: zumos, caldos, yogures, galletas, y otras cosas indispensables para mi supervivencia — según su punto de vista—. Una delegación de Cáritas no podría estar mejor surtida. Me preocupó que siguiera haciendo acopio de suministros por temor a ser pasto de las ratas, pero no me atreví a decirle nada, observándolo cómo me miraba aterrorizado.

Se había hecho con una palangana y agua fría mezclada con vinagre. —No le pregunté de dónde la había sacado. En fin, tampoco le pregunté de dónde sacó la montera, las castañuelas, y la cabeza disecada del toro, por poner solo unos ejemplos—. Me aplicaba paños húmedos en el cuello, en las axilas y en las manos, con la misma delicadeza que lo habría hecho mi madre. Regularmente se ausentaba, para regresar minutos más tarde con más agua fresca avinagrada —y alguna otra tontería de colores chillones—. No quiero ni imaginar por lo que tuvo que pasar, tampoco quiero imaginar qué habría sido de mí sin su asistencia. De no ser por él, habría muerto en los túneles del metro postrado a las fiebres de la septicemia. —Por descontado, con el platillo que Buba había puesto a mis pies, repleto de euros.

Tal vez fuera una alucinación y, probablemente en mi estado, no podía tratarse de otra cosa, la cuestión es que súbitamente, Berd se apareció ante mis ojos con absoluta nitidez. Caminaba a paso ligero por el andén opuesto y, junto a él, parcialmente oculta, una joven prendida de su brazo le hablaba animadamente y dando saltitos como una colegiala. No pude identificarla, se cubría con un gorro de lana gris perla de aquellos que cuelgan dos borlas, pero aunque la chica hubiese ido cojeando por la artrosis, la ecuación acerca de su identidad estaba más que resuelta: no podía ser sino Gala.

Aquella inesperada visión fue más efectiva que todos los paños húmedos de Buba —aunque en justicia, habían sido los paños húmedos de Buba, y no la visión de Berd, los

que me bajaron la fiebre—. Brinqué del banco como si los dolores que sentía se curasen con solo estar a su lado y, a trompicones, corrí en paralelo hasta el final del andén.

Atrás dejé el supermercado bien surtido de alimentos y, lo que fue aún más temerario, a Yas, indefenso.

Berd desapareció por las escaleras mecánicas que ascendían a la superficie. Le imité desde mi andén, ansioso por darle alcance en el piso superior.

Allá arriba, me enfrenté desconsolado a una de aquellas viñetas de Dónde está Wally; el mundo se había vuelto loco, una suerte de mitin, o quizás la anunciación de un bombardeo enemigo, había congregado a todo el censo de Frankfurt en aquella estación.

Angustiado, me lancé en la búsqueda frenética de Berd, gritando su nombre, abriéndome paso a empujones entre las filas germanas, arrancando paraguas, y esparciendo por el suelo bolsos y maletines repletos de cosas importantísimas, o demasiado íntimas para ser expuestas al público, y solo para terminar desplomándome sin sentido en el suelo, bajo una luz cegadora, y con un corro de personas mirándome desde los cielos, con los ojos abiertos como platos, y murmurando en una jerga incomprensible.